

CARLOS MORLA LYNCH: *España sufre. Diarios de guerra en el Madrid republicano, 1936-1939*, Renacimiento, Sevilla, 2008, 831 págs., Prólogo de Andrés Trapiello.

La posición ideológica y humana de Carlos Morla Lynch en la guerra es tan determinante del interés de estos diarios exasperantemente meticulosos como

lo es la evidencia del vértigo, la concentración angustiosa de los datos día tras día... para revelar al fin la inmensa desorientación sobre lo que pasa y a la par la lúcida certeza intuitiva sobre la derrota final de la República. Si en septiembre de 1936 ya percibe *el olor a derrota* que lo impregna todo, el avance *arrollador* (dice él) de las tropas franquistas en Cataluña en enero de 1939 vale como sello definitivo de lo que ha ido aplazándose mes tras mes sin que prácticamente nada sustancial haya hecho variar la conjetura incubada desde el principio mismo de la guerra: «Creo en la caída de la ciudad», dice en Madrid el 21 de octubre de 1936, y sigue creyéndolo cuando el 6 de noviembre el bombardeo se hace continuo oído desde la casa madrileña de este miembro del cuerpo diplomático de Chile: «Ya están en Madrid. Es la hora definitiva». La ciudad está «aterradora de drama y tinieblas», con el rumor de que existe «una quinta columna fascista diseminada por Madrid» y el gobierno «sin preaviso, se ha ido a Valencia, dejando al Cuerpo Diplomático entregado a su propia suerte». Las izquierdas «piden asilo atolondradamente», como han hecho el 7 de noviembre Pío del Río Hortega, Adolfo Salazar, Ricardo Baeza y Gustavo Pittaluga y ese día sólo queda ya acostarse resignado con los tiroteos fuera y esperar una mañana más de «formidable bombardeo» que desde luego no ha de oírse en Bucarest, pero casi lo parece. Porque ese mismo día 8 Agustín de Foxá participa como miembro de la Legación diplomática de Bucarest en un festival que celebra literalmente la «caída de Madrid» con un desfile oficial, uniformado él con corraje falangista y corbata negra, encantado con los succulentos menús —«así da gusto comentar la guerra»—, aunque el precio de tanta euforia (sólo prematura) será una resaca de caballo y un vómito madrugador acompañado de un agudo dolor de hígado que parece casi un castigo justo de la naturaleza (*Obras Completas*, III, Prensa Española, 1976, pp. 670-671).

Ésta es la turbadora minucia del relato pero no siempre la vida en guerra tiene instantes crudos como el que acabo de recoger, y el libro se hace importante justamente por su capacidad de ir siempre a ras de tierra (y a tumba abierta), como en los relatos que ha reunido Martínez de Pisón en *Partes de guerra* (RBA) o como quiso recrear Michael Seidman en *A ras de suelo* (Alianza, 2003). La diferencia crucial es que el autor no sabe el final aunque lo intuya, ni sabe cómo iban a seguir las cosas después de cada anotación ni sabe siquiera si va a sobrevivir él y sus refugiados en la Embajada y en los distintos pisos que organiza, ni sabe cómo van a empeorar o a mejorar las relaciones diplomáticas con las otras Embajadas ni en realidad sabe demasiadas veces, porque no puede, lo que pasa mientras está pasando. Pero no calla ni se inhibe, ni renuncia a reivindicar el derecho a proteger las vidas de quienes acuden asustados a él, desde un bando y a menudo desde el otro (se puede decir al revés, o se puede decir tan gráficamente como lo dice en un entusiasta prólogo Andrés Trapiello, «Ni con los hunos ni con los hotros»). Pero eso no quiere decir, sin embargo, que su corazón y su cabeza hayan dejado de estar con la República, porque es con quien está, a pesar de que lamente «la sentencia y el fusilamiento de José Anto-

nio». O precisamente está con la República por la razón que le hace observar que «era señalado, pero es atroz ver caer a un muchacho tan joven y tan valiente» (p. 115). Es la misma razón que le da la libertad de anotar que en los discursos de dos falangistas el 3 de marzo de 1938, y uno de ellos antiguo asilado en su propia Embajada, Raimundo Fernández Cuesta, detecte «un izquierdismo extremo, asombroso» (p. 430). Y a pesar también de que el libro contenga tantas veces testimonios de personajes relevantes o conocidos que dejan la piel muy sensible y mortalmente aterida. Rafael Martínez Nadal se habrá de exiliar en seguida y no perderá la memoria de su amistad con Cernuda, pero tan temprano como en septiembre de 1936, cuando ya están pintados los faroles de azul contra los bombardeos, «reconoce que no hay otra salvación que el triunfo de los militares, contrario a todas sus ideas, pero está asqueado con todos los horrores que ha presenciado en la Casa del Pueblo».

La conclusión vale la pena: «España se desploma» (p. 62) no sólo ante su estupefacción sino también con su resignación. Pocos días después, empiezan los rumores e informaciones imprecisas sobre el asesinato de Lorca (en Córdoba, cree) también crece el olor a derrota que es ya casi el olor mismo de la guerra, pero también las pistas que permiten trenzar los cabos de una interpretación del curso de la guerra que es rara entonces. Pero está en el libro, observada y juzgada, pese a la inmensa cantidad de información contradictoria, juicios mal fundados, opiniones infundadas. Pese a eso, «la perpetración de estos crímenes por la FAI y la CNT determinarán la derrota del Frente Popular», entre otras cosas porque «estamos decididamente en ese momento en que no se habla sino de matar a gente» (p. 77). Éstas son las cosas que deberían permanecer en una deseable edición abreviada (no expurgada ni censurada) de un texto que daría todo su potencial de iluminación directa de la guerra sin muchas de las líneas, las reiteraciones, los nombres y los párrafos que hoy aumentan el volumen del libro pero rebajan su valor *de uso* tanto literario como historiográfico o documental. Hecha esta edición grande y respetuosa, es urgente una corta y seguramente anotada o comentada para contrastar lo que fue real y lo que sólo fue percibido como real sin serlo.

La abrumadora transcripción de cosas oídas y leídas, la deliberada conciencia de registro notarial de llamadas, visitas, bombardeos, traiciones, delaciones, peleas, fiestas, comilonas o mensajes cifrados no añade claridad al curso de la guerra en Madrid sino una profunda y desesperante confusión. Añade por tanto verdad a la historia del Madrid en guerra porque nos acerca con una suerte de lente de aumento enferma o enloquecida el desorden caótico del presente sin corregir. El historiador ordena el desorden y lo dota de sentido, atenúa el desorden para hallarle un orden, pero para ser plenamente veraz necesita empezar por el máximo caos posible, y ese caos contradictorio, desinformado y bien informado al mismo tiempo, es la matriz del sentido que interpreta y organiza el historiador. Morla entrega gran cantidad de información, sobre todo humana y cotidiana, y por tanto también numerosísimas interpretaciones, que no sabe si

son o no son veraces, como debió de suceder a la inmensa mayoría de la población que vivió la guerra. Asistir en directo a los efectos que causa poseer esa información y no saber si es buena o mala es uno de los poderes de este libro, como esa ilusión estremecida y largamente mimada de que Lorca no haya sido asesinado desde agosto (y por el contrario la certidumbre inmediata del asesinato de José Antonio, que tanto tardaron en confirmar incluso los falangistas bien informados). A Lorca lo conocía desde años atrás, desde que llega a Madrid en un destino diplomático que le apetece poco a Morla y que sin embargo servirá para ponerlo en la órbita de jóvenes inteligentes y un poco crápulas, atrevidos y visceralmente modernos. Y pese a su bien organizada vida con su mujer Bebé, personaje relevante del libro, y sus hijos, a Morla le atraen más los muchachos que las muchachas, y la simpatía por Alberti tampoco le impide reprocharle un verso homofóbico «asqueroso refiriéndose al enemigo». Es confidente de Cernuda como es amigo muy íntimo de Lorca, y todo eso está contado en otro diario por fin disponible en su integridad tras la edición censurada de Aguilar en 1958, *En España con Federico García Lorca. Páginas de un diario íntimo, 1928-1936*, publicado también por Renacimiento en 2008. Y sin duda la nostalgia de ese tiempo estable y sorprendentemente feliz para sus expectativas, se acabará fundiendo con la nostalgia más inexplicable, más hondamente humana, del tiempo de guerra: «a veces pienso con nostalgia que un día, no lejano, nos separaremos de toda esta gente y que terminará esta vida de zozobra. Estoy seguro de que nos vamos a sentir solos, con vacío, después de haber vivido dos años con tantas personas» (p. 497). El párrafo lo cierra con ironía y verdad (casi siempre son lo mismo) porque sabe que «yo me encariño fácilmente» y quizá sabe también que al final, cuando ya no quede nada porque todo esté hundido, pero sienta aún «la satisfacción de haber permanecido hasta el final en mi puesto», recolocando asilados por todos los sitios, incluido el director de *La libertad* (que «tiene que asistir a la alegría loca de los asilados que entran y salen»), cuando llegue ese final sabe que todos se irán yendo de su protección, porque «yo sabía la nostalgia que traería este momento de liberación tan esperado».

Lo absurdo ante este libro es preguntar por la legitimidad o ilegitimidad, la justicia o la injusticia de sus comentarios y opiniones. El desafío que impone es más noble: hay que hacerlo encajar en nuestra percepción historiográfica de la guerra asumiendo su naturaleza lábil y retorcida, la ausencia de la línea recta y el plano plano. Y eso hasta esta anotación fechada el 28 de marzo de 1939, a las puertas del parte final, cuando ya ha visto entrar por la Castellana un camión con la «bandera bicolor» y cuando se le ocurre a este hombre una analogía otra vez escrita en la libertad íntima y otra vez desarmante. Han desaparecido los rojos — «¿dónde están los rojos?»— y le parece que la celebración conmovida de la victoria se produce sin «un solo grito de hostilidad, ni agresión de nadie». Y entonces sólo se le ocurre compararla con «el mismo ambiente carnavalesco del catorce de abril, al ser proclamada la República». La interpretación que sigue, y a la vista del criterio a ras de suelo, a ras de tierra y a tumba abierta que

ha ido siguiendo en las ochocientas páginas anteriores, debe de tener algún viso de veracidad que incordia y amarga, que incluso embrutece íntimamente como si pudiese ser verdad: «estoy cierto de que los que hoy levantan la mano son los mismos que levantaban el puño hace algún tiempo, los mismos que gritaban: ‘Viva el Frente Popular’» Y aunque sepamos que no es verdad, sabemos al mismo tiempo que una parte de la morfología trágica de una guerra civil está en ese diagnóstico inaceptable.

*Jordi Gracia*  
Universidad de Barcelona